

el *algarrobo*. Había «infinitos algarrobos», de los que se anotaban cuidadosamente las posibilidades: las vainas que alimentaban a los animales eran también convertidas en harina para pan o *patay* en el Tucumán, y chicha para beber¹⁵. Una bebida alcohólica se obtenía con el fruto del *molle*; al corazón extremadamente duro del *mistol* se le asignaba un futuro promisorio en la mueblería; la corteza del *ceibo* era utilizada contra las desgarraduras producidas por el tigre; los *nogales* cargaban nueces más grandes que en Europa; en la corteza de los *cebiles* se observaban propiedades únicas para el curtido de suelas; los llamados *ciruelos* eran tan altos que cortados por medio podían dar dos árboles de navío... Se decía del *caraguatá* que la «naturaleza lo había destinado para cerco de los huertos». Sus pencas, fuertes y armadas de largas espinas, habían sido definidas así por la Creación para cuidar de robos a las propiedades agrícolas. Era la definición más sintética de una moral. La naturaleza se habría creado para el servicio y dilapidación de las sociedades¹⁶. La descologización del mundo suponía la entronización del individualismo. El *homo sapiens* de la conquista se consideraba en forma aislada; sólo responsable en el caso hispánico ante el Estado y Dios. Pero sólo así este individuo percibía que la gloria podía ser superior al estado de contingencia. En los trapiches de la gran fábrica de la conquista se echaba la naturaleza entre los dientes, y pasadas la cocción, melado y templeas, aparecía el *hombre* cristalino, dulce, blanco e individual. Se requería esta visión para destrozar las trabas medievales a la personalidad. Pero la materia prima y el combustible fue la comunidad de los seres inferiores en la escala biológica. Por el momento no era más que una cosmovisión. El medio técnico en verdad no podía destrozar todavía al medio natural. Las migraciones de campesinos españoles pobres del XVIII, con la concepción de la pequeña tierra como pequeño mundo, lograron revertir provisionalmente el despilfarro. Pero el derroche fue retomado por las élites civiles republicanas. Una nación *civilizada* se retrataba como país sin naturaleza. Ciudades en vez de selvas; fábricas en el lugar de los montes. Caminos tapizando los ríos. Había que destrabar la barbarie para que la élite se reconociese a sí misma, tomando asiento en un palco destacado de la modernidad. Fue una estética de la autorrepresentación.

En el infinito muestrario de la naturaleza, según los primeros cronistas, seguían las *yerbas*. De algunas de ellas, luego de su descripción, se concluía su calidad expresamente antieconómica¹⁷.

Mientras la cosmovisión de totalidad monstruosa perdurara, sería difícil iniciar las estrategias de sustitución de las formas tradicionales de ocupación y producción mediante las nuevas tecnologías y sistemas de organización productiva. El gran territorio parecía resistirse a los sistemas de propiedad privada y de asignación de tierras, de monetarización, mercantiliza-

¹⁵ Pedro Lozano. Op. cit., pág. 40.

¹⁶ Nicolás M. Sosa. Ética Ecológica. Necesidad, posibilidad, justificación y debate. Madrid, Libertarias, 1990, págs. 25-26.

¹⁷ El chaguar era una planta con la que los tobas y maticos fabricaban hilos como el de cáñamo europeo, pero a costa de un esfuerzo colosal de las mujeres. Su valor de cambio en el mercado moderno sería tan alto que lo volvería nulo. Primero extraer la planta sin dañar la «madre», luego cortar las espinosas pencas quitándole las películas vegetales protectoras. Echarlas entonces al agua hasta que se pudriesen; luego raspadas y sacudidas hasta obtener las hebras, y lavadas, blanqueadas, secadas para las indias sobarlas contra sus muslos empolvados de cenizas y convertirlos entonces sí en hilos. Allí empezaba recién el trenzado.

ción de la producción y organización de la fuerza de trabajo en un modelo estable. En las fronteras del Salado y del Bermejo se construían fuertes-prisiones. Chaco pasaba a ser la Siberia de las gobernaciones del Tucumán y Río de la Plata.

Se imaginó el desguace de la naturaleza como avanzada de la dominación. Pero ello fue claro después de que fracasaran los jesuitas y sus reducciones, es decir luego de la expulsión y vuelta a la «libertad salvaje» de las etnias. En este espacio el ecocidio se anticipó sorprendentemente al genocidio. La interacción medio ambiente-sociedad resultaba tan fuerte en las etnias cazadoras, que aún cuando no existiera la catástrofe demográfica como entre los ayllu del Tucumán, de todos modos el ecocidio los dejaría sin defensas. La asignación de tierras no iba acompañada de asignación de clanes, porque éstos estaban permanentemente en movimiento. De esta manera, las propias tierras carecían de valor de cambio y el latifundismo clásico chocaba contra la inutilidad de la operación. Habrá que esperar hasta fines del XIX para que esta contradicción se resuelva. Pero entonces se hará sin necesidad de fuerza de trabajo india.

Los ferrocarriles irrumpirán en el «desierto» metafórico para concretar el *ecocidio*, y convertir entonces a una parte del Chaco en desierto literal.

V. Lo gaseoso

El padre Guevara, de la Compañía de Jesús, en 1764 hablaba de los gigantes que una vez poblaron estas tierras, y a propósito anotaba las pruebas de «muelas y canillas» descubiertas¹⁸. Hacía un siglo que Rui Díaz de Guzmán había ubicado pigmeos en el Chaco. Aspiraban a ser hombres pero nunca salían de «embriones»¹⁹. Comían de noche por temor a los grandes pájaros. Sin embargo las noticias empezaban a desestimarse, y para Guevara resultaba inverosímil que los enanos viviesen en cuevas.

En la mentalidad de los clanes del Chaco, la ecología no se podía entender sin la muerte, y ésta sin la concepción de espíritus o energías traviesas. Un universo animista, gaseoso, poblado de fuerzas concebidas de manera cosmomórfica, presentadas con el mismo tejido del universo. Una naturaleza encantada, vaso comunicante entre las esferas de la phisis, la vida y la sociedad. El padre Guevara quedaba sorprendido con el relato de que para estos clanes las almas no subían al Cielo (por lo menos durante muchos años) y permanecían en el mundo solazándose y divirtiéndose, sin comunicarse directamente con los seres vivos, jugueteando, regocijándose con los ejercicios que las divertían; unidas al cuerpo; glotonas, borrachas,

¹⁸ P. Guevara (1764). Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836. En Colección de Obras y Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata. T. 1. Buenos Aires, Plus Ultra, 1969, págs. 519-520.

¹⁹ Idem, pág. 521.

orgiásticas. No había límite para este juego, portaban arcos y cazaban en el aire²⁰. La mitología mocobí mencionaba un árbol de altura desmedida, al que los muertos trepaban para pescar hartos peces en un río celestial. Pero el árbol había sido hachado por una vieja enfurecida cuando cierta vez no había podido pescar cosa alguna en las alturas²¹. La naturaleza regalaba y quitaba; prodigaba y enfurecía. El universo se movía entre seres, gases y almas. Para dominarlo, la nueva civilización debía desencantarlo. Borrar sus genios y espíritus. Desolar la naturaleza, es decir reducirla, disgregarla a objetos y máquinas. Borrar la vida.

Lo verdaderamente monstruoso fue descubierto al comprobarse que para estas etnias no había castigo en el más allá. Lo cual podía llevar a dudar una vez más de su humanidad, porque el castigo es «una verdad que nace y crece con el alma»²². Los clanes del Chaco no creían en el Infierno. Cuando a los chiriguano se les habló de las llamas abrasadoras, respondieron con serenidad que ellos apartarían las brasas; y en tanto en el confesionario se les amenazaba con las penas eternas, contestaban calmados que la muerte era un «espejo» de la vida²³. Para los sacerdotes resultaba indescifrable una historia que se contaba de lado a lado del gran territorio. Un indio catecúmeno se moría, su mujer infiel le dijo que no se dejase bautizar porque de todos modos moriría al día siguiente, y no hubo fuerzas en el misionero para persuadirle de lo contrario. El indio respondía que al día siguiente iría a melear al monte; el padre le decía que si no abrazaba la religión cristiana entraría en el Infierno, cerrándosele las puertas del Cielo. «No creas, dijo la mujer, lo que este padre habla: porque si te ausentas al monte, y no recibes el bautismo, jamás morirás»²⁴. El *monte* era la vida eterna, el universo sin fin, el todo. La ausencia de manipulación y experimentación. El secreto animado de la Naturaleza. Un universo no desnaturalizado, no fragmentado en sus partes, ni racionalizado por la física. Un principio de simplificación. Las cosas no aisladas de su entorno, ni los objetos inertes, inmóviles, inorgánicos, enmudecidos, singulares, terriblemente solos, medidos y abstractos. El *monte* era el aniquilamiento de la soledad. El indio de la narración tal vez intuía que con el bautismo quedaba solo, sin contexto, y se moría por ello. Para su cosmovisión la materia no era reducible a unidades. Era indivisible, como la vida/muerte. La física religiosa occidental exigía en cambio mediciones, operaciones, segmentaciones. Su generatricidad se evidenciaba sólo a partir de la fuerza de la conciencia religiosa. A su turno, para los operadores laicos no había dudas que destrozando el monte, se adueñaban de la muerte de los clanes, y por lo tanto de sus vidas. La llave gaseosa de la nueva civilización era la muerte. La física de Dios y la física de la producción. El monte se quebraba, hundía y evaporaba. La cultura advenediza era una suerte de garras,

²⁰ Idem, págs. 558-559.

²¹ Idem, pág. 559.

²² Idem, pág. 559.

²³ Idem, pág. 560.

²⁴ Idem, pág. 560.

una máquina prensora sobre los objetos. Antropocéntrica porque proclamaba desde lo productivo la justificación de todo lo humano. La primitiva cultura de los clanes conservaba en cambio la unidad del polimorfismo: hombres en plantas, plantas en fieras, ríos en hombres, nubes en hierbas. El *monte* contenía todo. Hasta el gas. De allí que la muerte fuese una inversión, un traslado, un corrimiento, una mutación. Jamás muerte en el sentido de la producción simbólica occidental.

El *universo desmigajado* del Chaco entró en crisis a fines del XX, en el espacio de la producción transnacional. Las crisis pueden permitir la reconstrucción de un nuevo universo. Las nociones que ponen en crisis la visión simplificante del mundo son las mismas que permiten concebir un mundo complejo²⁵.

Para Guevara los clanes del Chaco se habían formado un «agradable sistema» del mundo. Los indios lules atribuían el eclipse del sol a un pájaro grande que, desplegando sus alas, cubría el cuerpo luminoso con su cuerpo; los mocobíes que veían en el sol una mujer gritaban a las fuerzas extrañas que no se la comieran²⁶. La femineidad del sol tenía que ver con su poder de gestación, regeneración, fecundación. La civilización blanca se propuso enseñarles que el sol era masculino.

El cielo y la tierra para los mocobíes eran un solo cuerpo, tan inquieto y bullicioso, que obligaba a circular en movimiento perpetuo. En su filosofía cósmica no había quietud. Las estrellas eran árboles cuyas bellas ramas tejían los rayos lucidos y de brillos centelleantes. Al lucero llamaban en su idioma *avestruz* y a las estrellas circundantes *perros* que lo seguían para darle caza aunque jamás lo consiguieran. Diferenciaban a algunas formaciones de estrellas por nombres de animales. La fauna se reproducía en el cielo como en otras culturas antiguas. La luna era un hombre cuyas cavernas debían ser tripas arrancadas por perros celestes durante los eclipses. Al sol llamaban *gdazoa*, que significaba compañera. Su mitología hablaba de dos caídas del sol. En la primera un fuerte mocobí lo alzó y amarró al cielo. En la segunda, tal vez porque las ataduras no fueran lo suficientemente robustas, volvió a caer y hubo inundaciones de fuego. Los mocobíes que se abismaron en los ríos y lagunas se transformaron en yacarés; a una pareja que trepó a un altísimo árbol una llamarada les chamuscó la cara y los convirtió en monos²⁷. El espacio era una totalidad viviente y catastrófica. Grandes sequías e incendios; lluvias eternas e inundaciones; fugas y transformaciones.

²⁵ Edgar Morin. Op. cit., pág. 413.

²⁶ P. Guevara. Op. cit., pág. 561.

²⁷ Idem, págs. 562-563.

VI. La teoría de la información monstruosa

En la física de la información de las etnias del Chaco, la Naturaleza actuaba como *emisor* y el individuo humano como *receptor*. El mensaje codi-